

Se escucha un ruido de fondo. Un sonido sordo que no cesa en ningún momento.  
Mis manos se mueven solas, guiadas por finas cuerdas,  
Repitiendo, repitiendo, repitiendo.

El sendero es conocido,  
ya caminado muchas veces antes.  
La máscara colocada, la alegría ya pintada.

Y el sonido continúa, incesante a su propia forma,  
cambiando de vehículo, de persona a máquina  
de máquina a persona.

Y sonríes bajo la máscara, sonríes por no llorar,  
sonríes para engañarte, sonríes para continuar.

Y la luz la persigues, acompañado del sonido,  
acompañada de las propias palabras.

El tiempo continúa, las cuerdas se tensan,  
los brazos te pesan, pero sigue moviéndote.  
No te equivoques, no te equivoques, no te equivoques.

Pero te equivocas. Los GRITOS,  
Las AMENAZAS, los INSULTOS, la PRESIÓN de querer arreglarlo.

Las cuerdas todavía se tensan más,  
tus lágrimas ocultas bajo la máscara sonriente.  
Solo puedes ser feliz. Solo puedes sonreír.  
Solo puedes ser amable, solo puedes respetar.

Soy una máquina.

Mis piezas ya son conocidas por todos. Mis tornillos y tuercas engrasadas, preparados para el trabajo. Mi uniforme colorido ya está bien colocado. Y todo empieza. Colocas, cobras, colocas, cobras, colocas, cobras, colocas, cobras. No hay un principio, tampoco un final. Mi trabajo es un medio para que todo se mantenga, colocas, cobras, colocas, cobras, colocas, cobras.

Soy una máquina, *no me puedo cansar.*

No tienes necesidades, no te cansas en tu trabajo, ni sientes el ardor en tu garganta de tanto hablar, ni el incipiente dolor en tus pies de tanto caminar, las manos no están llenas de heridas por la actividad, tu cabeza no tiene un incesante sonido sin callar. Tus orejas no duelen de escuchar, tus ojos no se cansan de leer, tu cuerpo no tiene que ir a mear. Tu espalda no te duele de peso ya cogido.

Soy una máquina, *diseñada para obedecer.*

Las órdenes son claras, un trabajo a realizar, las palabras son códigos, que mi sistema entiende como órdenes a procesar. Mi prioridad es el cliente, debo obedecer, mi prioridad es el buen servicio, debo respetar, mi prioridad es atender sonriente, para ofrecer amabilidad.

Soy una máquina, *no tengo emociones a procesar.*

Las palabras suenan sin cesar en mi mente, escuchadas como órdenes que se ofrecen a un servidor, como pequeñas formas de facilitar el mejor trato. Las palabras que son dichas por el superior, no debes de sentir, las palabras tienen significado, pero sólo entiendo las órdenes que me dan. No tengo emociones, no comprendo el lenguaje fuera de mi sistema.

Soy una máquina, *no tengo forma de protestar.*

Mi sistema está hecho, como cualquiera otro ya conocido. Conozco palabras y términos, con múltiples usos en mi lenguaje. Conozco lenguajes diferentes, letras y números, que forman parte de mi trabajo. Pero no tengo forma de contestar a las personas que hay detrás, ni tengo la manera de formular preguntas indebidas, hay palabras prohibidas, hay tonos no deseados, hay frases imposibles, aunque sean la mejor respuesta que puedas dar.

Soy una máquina, *sin la habilidad de fallar.*

Mi sistema es perfecto, no tengo manera de errar. Mis movimientos son precisos, mis instrucciones claras y concisas. Todo en mi obedece, todo en mi funciona bien, todo en mi es mecánica. No puedo fallar.

Soy una máquina, no me puedo cansar, diseñada para obedecer, no tengo emociones que procesar, ni forma de protestar, si la habilidad de fallar. Soy una máquina a la que puedes insultar. Soy una máquina a la que puedes maltratar, soy una máquina que no se cansa jamás, soy una máquina que no sabe contestar mal. Soy una máquina que solo desea tu bienestar, soy una máquina que no puedes herir. Soy una máquina dispuesta a obedecer. Soy una máquina que solo sabe sonreír.

Buenos días.

A veces y solo a veces, tu mente escapa de tu cuerpo, y deja de pensar en lo que está realizando, es tan simple como despertarte durante un solo segundo. Dejar de prestar absoluta atención a los números, a las caras, a los productos, a la cinta llena, a la abundante cola que parece nunca disminuir.

Es fácil, cuando lo único que tienes que hacer es un mero movimiento de mano, un ejercicio repetido incesantemente por lo que son años, tanto que se ha vuelto una rutina. La mano que se desliza y coloca el producto en la posición correcta sin pensar, los números que van apareciendo en la pantalla. El BIP, BIP, BIP, cada vez que alguien escanea un producto.

Te evades. Tu atención no puede estar centrada cinco, seis, siete horas atendiendo a una misma cosa. Así que te evades. Y es entonces, cuando sales de la concentración, cuando te das cuenta de otras cosas, algo que resulta imperceptible si no le prestas atención. Cuando sientes que ya has tenido que beber un litro y medio de agua para hidratar tu garganta, que te planteas.

¿Cuántas veces he dicho buenos días?

No nos damos cuenta, por supuesto, se ha vuelto en una mera costumbre que damos por sentada, una forma educada de dar la bienvenida a aquellos que han decidido adentrarse en las profundidades de tu supermercado. Un lugar donde puedes encontrar lo que sea. Busques lo que busques. Siempre atendido con una sonrisa de oreja a oreja, por unos trabajadores que son amables, educados y predisuestos a ofrecerte el mejor servicio.

Buenos días. Y no piensas, al principio sale sin forzarse, es de mañana, estás fresca, nadie ha venido con problemas, y tienes la esperanza de que pase lo que pase, serás capaz de llegar al final de la jornada con la misma sonrisa. Buenos días. Y continuas.

Buenos días, y pasan minutos, horas, e incluso días, hasta que vuelves a evadirte. Diciendo sin cesar, buenos días, buenos días, buenos días.

Buenos días, y tu mente necesita con el tiempo ver algo que no sean los números, los códigos que pasan, los que no. Las llamadas por megafonía, la constante charla de las personas. Buenos días, y sigues escuchando el BIP, BIP, BIP, que no deja de sonar. Un ruido de fondo de esos que no te das cuenta siquiera de que sigue sonando hasta que deja de hacerlo y notas ese alivio instantáneo.

Buenos días, y piensas. ¿Por qué no me contestan? Buenos días. ¿Me está escuchando? Buenos días. ¿Acaso me puede tratar con educación? Buenos días. ¿Por favor, me puede contestar bien? Buenos días. ¿Puedo dejar de decirlo? Buenos días. ¿Necesito parar? Buenos días. Buenos días, Buenos días.

Buenos días, y tu sonrisa ya flaquea, porque empiezas a pensar en que has mencionado demasiadas veces buenos días. Pero eso no importa, aunque tus mejillas duelan de sonreír, aunque tus manos están cansadas de moverse, aunque te piten los oídos del ruido de fondo, aunque te duela el alma porque ya no eres humano, aunque sigas haciendo lo mismo durante tanto tiempo, aunque no hayas parado en cuatro, cinco, seis y siete horas. Tu sigues. Como si jamás hubieras hecho otra cosa que no hubiera sido Buenos días. ¿Necesita algo?

Buenos días.

Hoy me han insultado. No es que me lo mereciera, ni siquiera creo que nadie en su más nefasto momento tenga que soportar que alguien le insulte. Por mucho que te hagas el fuerte, por mucho que pretendas que no pasa nada.

En mi experiencia esas palabras siempre te persiguen. Consiguen alcanzarte, y si bien la primera vez no le prestes atención llegará el momento en el que sí que lo harás. Y en ese momento todo cuanto te has dicho, todo cuanto has creído sobre tí, se verá reducido a cenizas. Como si tus propios pensamientos sobre ti no fueran más que castillos de arena que con un simple oleaje se ve reducido a cenizas.

Es difícil, creo, darse cuenta cuando algo así te alcanza, no es una herida que se vea a simple vista, no es una herida que sentimos como profunda. Solo sabes que las palabras escuecen, y que piensas en ellas durante un tiempo, como si fuera una herida que se cura por sí sola, cuando te das cuenta por fin que no, que esa herida no se cura sola, que te va cabando fondo, es cuando ya no puedes hacer más que rendirte ante el pensamiento traicionero que te acaba arrastrando hasta un final.

Los insultos no solo son una forma de expresarte conforme estás disconforme. No solo es una manera burda de expresar las palabras. Sino que es algo más, algo que la otra persona recibe, y tras escucharlo día tras día, terminas por creerte esas palabras, terminas por pensar igual, que tras mucho tiempo escuchando piensas que tiene razón, que mereces ser insultado, que mereces aquello que te están diciendo. Y tal vez, y solo tal vez, aquello que aprendiste a hacer, aquello en lo que sientes confianza, se convierte en un error. En algo que ya sea por vergüenza, por dolor, por no volver a recordar, terminar por no querer llevar a cabo.

El problema es cuando a pesar de tus miedos, de tus frustraciones, a pesar de que el pecho te duela de pensarlo, a pesar de que no puedas hacer más que contemplar cómo todo se desmorona y tu no puedas hacer más que contemplarlo, a pesar de todo, debes hacerlo. Siendo vigilado, por ojos curiosos, críticos, omnivalentes.